

EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Octubre 13 de 1860.

Núm. 13.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, OCTUBRE 13 DE 1860.

Destino de nuestra poesía.

XII.

Sobre los autores antiguos se habian hechos estudios profundos, se habian traducido los mas notables; pero en esto la aplicacion i el estudio no habian logrado, por desgracia, un desempeño feliz, el éxito que era de esperar, atendido el esmero con que se cultivaban las literaturas griega i latina, i los esfuerzos que habian hecho algunos para introducirse en el conocimiento de la oriental; en que no pocos de ellos obtuvieron, a juicio de humanistas competentes, resultados mui felices.

El teatro habia tomado un carácter propio, alcanzado una estension i una abundancia que las demas naciones, especialmente la Francesa, supieron esplotar con conocido provecho en el siglo décimo séptimo, es decir, en la era clásica de este pueblo.

Las acusaciones que se hacen respecto a que los defectos de las comedias del teatro Español sobrepujan a sus buenas dotes, no creemos que puedan tener un fundamento serio; pues que hai en la mayor parte de ellas tales bellezas, que casi es imposible creer que hayan sido imitadas por los escritores dramáticos de otras naciones.

Pero si puede dar la poesía castellana muestras inequívocas de superioridad en los jeneros que hemos indicado, no es precisamente en ellos en donde estriba su mayor mérito. Nó, en la poesía propiamente lírica es donde descuella el ingenio del vate: es en las odas, en los sonetos, en las elejias i, sobre todo, en el romance i la letrilla donde puede decirse que llegó a la perfeccion, a la sublimidad, no importa los defectos que se le censuren, que con justicia se le reprochen; defectos, que, despues de todo, no logran delustrar el brillo que reluce todavia apesar del transcurso de trescientos años.

«Seguramente no convendrán con esta opinion, dice don José Joaquin de Mora, impugnando al siglo décimo-sesto, los idólatras

supersticiosos de lo que enfáticamente se llama siglo de oro; pero si se juzga a ese oro desapasionadamente, se verá que está mezclado con grandes masas de arena i de estiércol.»

El parecer de este eminente literato sería para nosotros de gran peso, si la conciencia que tenemos formada de la literatura de este tiempo, no pudiese mas sobre nuestro juicio que su autoridad, que, por otra parte, respetamos como se debe.

¡Pero como estiércol i arena en aquel entusiasmo i arrebató de Rioja, de Herrera, de Leon, en aquella rotundidad i grandilocuencia de Quevedo, de los Arjensolas, en aquel profundo sentimiento de muchos de ellos, i, sobre todo, en aquella constante armonía que casi en todos los poetas de ese tiempo admira i embelesa a los hombres dotados de un oído fino i bien educado!

Verdad es que muchos de ellos se contaminaron con los defectos de que ya hemos hecho mencion en estos estudios; pero ¿qué son estas manchas comparadas a la brillantez con que nos ofuscan? Nadie niega que el nervio del pensamiento i la orijinalidad de la invencion se sacrificaron a veces a la melodia, a aquellos primores que cautivan mas el oído que la cabeza: nadie tampoco querrá poner en duda que un misticismo, en ocasiones exagerado, afea las mas hermosas composiciones relijiosas; que conceptos vulgares, triviales i monótonos deslestran el sentimiento, empañan i hasta hacen ridícula la mas acendrada ternura: nadie pues negará esto; pero tambien ¿quién será el osado que se atreva a decir que la oda de Herrera a don Juan de Austria, a la batalla de Lepanto, a la pérdida del rei don Sebastian, que la de Rioja a las ruinas de Italia i sus silvas a la rosa, al clavel, al jazmin, a la riqueza: que algunas de las epístolas de los Arjensolas: que muchos de los sonetos de Quevedo i, sobre todo, que las *barquillas* de Lope, i *la noche serena*, i todo lo que escribió, en fin, frai Luis de Leon, no son modelos acabados de lenguaje i de estilo, mas que eso, de elevacion poetica i grandiosidad de filosofía?

Que hubiese poeta, como se dice, que pudiese en parangon a Felipe IV con los Solones i Alejandro, que comparase a la calle de Al-

calá de Madrid con el circo Máximo de Roma, etc., eso no quiere decir sino que las musas tienen que prostituirse muchas veces al poder por falta de libertad que engrandezca su misión i de patrocinio que haga sagrado i no menesteroso su ministerio.

«Léanse las obras completas de cualquiera de los grandes poetas, añáde el mismo señor Mora, del decantado siglo de oro, i si por cuatro composiciones de las que reúnen las verdaderas condiciones de la poesía, no se encuentran veinte insoportables a todo hombre de gusto por lo insignificante i trivial de los conceptos, por lo prosaico del estilo, por lo vulgar de las metáforas i comparaciones, cedemos el campo. Solo esceptuarémos las obras de frai Luis de Leon.»

Parece raro ¿no es verdad? que un hombre, en cuyas composiciones demuestra haber querido hacer alarde del conocimiento profundo que tiene de la lengua Española, debido indudablemente al estudio de los poetas de este siglo, se espresase así, con tanta ingratitud para con los mismos ilustres varones a quienes es deudor de la superioridad de elocucion a que debe su fama, i por la que solo se le perdona la falta de sentimiento que se nota en casi todas sus mejores obras.

No son seguramente estas las imputaciones de peso que pueden hacerse al siglo de oro de la literatura castellana: nó, todo esto en el fondo nada significa; todo esto es cuestion de palabras, argumentos, si se quiere, para negar lo merecido para ese nombre pomposo con que se ha calificado esa era literaria; pero argumentos pueriles en verdad, pero acusaciones indignas del filósofo, i solo propias del retórico que anda a caza de defectos de palabras, de faltas exteriores, de vicios en las reglas convencionales, sin atender, que es lo esencial, al espíritu del poeta, a las causas de su elevacion i rastreria, a la misión que ha debido cumplir en la sociedad, i a los motivos que han debido hacer necesario en ocasiones que no llene como debia todos los deberes de su ministerio. Las acusaciones fuertes, las quejas sustanciales que deben hacerse a los escritores de este siglo, no son, pues, las que el señor Mora i muchos otros han querido hacerles; nó, lo que puede achacárseles, i con justicia, reprochárseles con rigor, es, como lo hemos dicho, no haber levantado su númen a la altura de las circunstancias que los rodeaban, hasta la cúspide donde se enseñoreaban los estandartes de las glorias españolas.

Los poetas de la antigua Roma jamas descendieron el tono de sus liras, jamas rastrearon a los piés de su siglo sin tomar su voz, sin ocupar el puesto que merecian. Virjilio, Horacio, Ovidio siempre representaron la majestad del imperio: siempre se divisa en ellos que

son hijos del pueblo-rei, que son los súbditos del César augusto, del primer soberano de la tierra.

En la edad media, Dante solo la representa: su gran figura ilumina esas profundas tinieblas: su voz es el eco mas fiel de las facciones Güelfas i Gibelinas: su filosofía todo lo que podia el espíritu saber entónces: su audacia es la imájen cumplida de la robustez de la fé, de la certidumbre del catolicismo, de aquel valor arrogante i sostenido, no por las ideas frájiles i movedizas de la mente humana, sino por la inspiracion comunicada a su alma sublime por el aliento del Altísimo.

No así los poetas Españoles, i eso que la España de Cárlos V i Felipe II era todavia mas grande i soberbia que el vasto imperio de los Césares. La cimitarra habia sido hecha pedazos por la espada de los Godos: el imperio de los Hacenes i Boabdiles destruido para siempre, i los que sobrevivieron a esta destruccion arrojados de la península para no volver a ver mas aquellos palacios, aquellas termas, para no volver a gustar jamas aquellos deleites que habian disfrutado durante ocho largos siglos bajo el cielo de Granada, en sus afiligrados palacios.

Un mundo nuevo descubierto a la admiracion de los hombres, un hemisferio ni soñado siquiera, abierto de par en par a la codicia, a la relijion, a la gloria Española; el catolicismo desgarrado por las facciones de Calvino i de Lutero: nuestro culto amenazado de muerte; la Francia, la Holanda, la Alemania desangradas por guerras fratricidas. Los turcos ahogados en los mares de Lepanto: la España, en donde quiera, ora llenando sus bajeles del premio de sus rapiñas, ora esterminando en nombre de la Cruz i de sus soberanos a los pueblos que osaban oponerse al ímpetu de sus victorias. La tierra, en fin, sacudida en todas direcciones: aquí ajitada por el combate; allí jimiendo bajo las espadas de los conquistadores: acá recibiendo con el martirio un nuevo culto, allá desdoblando a su arrojo e hidrópica codicia nuevos lugares, nuevas riquezas, nuevas joyas con que corresponder la muerte i el esterminio. I en medio de tantos prodijios, de tanta grandeza, de tanta gloria ¿qué hacian las musas Españolas?

¿Cantaban himnos en honor de Colon, celebraban su jenio? ¿Daban gracias al cielo por haber descubierto a sus ojos admirados un nuevo mundo, sujetádole a su imperio i héchole recibir el martirio de la redencion por su estraviado culto?

Cortés, Pizarro, Valdivia, etc., etc., ¿no eran hombres extraordinarios, jenios audaces i cuyas hazañas debió haber esplotado la poesía de un modo digno, con una gloria i provecho inmensos?

Pero no: las musas no oían mas acentos que los del amor, que los de la galanteria; no se inspiraban de mas ideas que las de celebrar todo aquello que placia al soberano, todo aquello que por esto mismo no podia remontar la cabeza sino inclinarla avergonzada a la tierra..

«Tres canciones de Herrera i algun trozo poco importante, dice Quintana, no son mas que una escepcion de esta idea jeneral. Ni el *Golfo de Lepanto*; ni la *Carolea*, ni la *Austriada* ni el *Carlo famoso* se acercan con mucho a su argumento.»

«En la Araucana misma, si hai algo bien pintado, no son los Españoles, son los Indios.»

¿I porqué, preguntamos, ni Herrera, ni Ruffo, ni Ercilla tuvieron el aliento necesario, siendo jenios notables, para cantar en atronadores ecos esa gloria que llenaba el mundo?

Porque la España en medio de tantos triunfos i laureles vivia sin embargo esclava, amedrentada por la inquisicion, temblando en medio de su valor i sus proezas ante el despotismo de sus reyes. Los pueblos esclavos no pueden elevar su fantasia hasta la rejion del derecho; hasta la esfera en que se cierne la libertad; hasta el cielo, en fin, que es de donde emana la inspiracion sublime, esa luz eterna que nunca desfallece.

Con todo, dicen muchos, esta falta de elevacion i de grandeza era casi compensada con otras dotes morales que a aquellos escritores enaltece: ni Garcilazo, ni Herrera, ni Rioja etc., dan muestras de adulacion rastrera: las alabanzas que tributan a veces al poder son contenidos por la decencia del hombre que es lo que impide que sean repugnantes.

Hasta que se corrompió el gusto literario, dice Puibusque, traduciendo a Quintana, no se vió lo contrario, no se miró esa degradacion moral que tan bien se hermana con la servidumbre. I tiene mucha razon, pues hasta esa malhadada época no se habia visto en la literatura Española esa bajeza para con los poderosos que hace hasta aparecer al poeta como un descarado pordiosero, esa insolencia desenfrenada para con los iguales, esa envidia que es el cáncer que roe todas las prendas nobles del ingenio i hace del talento, por ajigantado que sea, un título mas de oprobio para quien lo posee sin merecerlo.

Conocidos de todos los que cultivan las letras son los cargos que asimismo se hacen a los poetas de este tiempo, acerca de esa falta de decoro que se echa de ver en muchos pasajes de sus obras, i de las cuales no están inmunes ni Cervantes que era un modelo de moderacion i de prudencia. Las causas de esto son muchas; pero entre ellas la que debe marcarse en primera línea es la de no haber sido el palacio de los reyes de España un centro de urbanidad, un foco de luz, una escuela

de finura i delicadeza, como el de Luis XIV, el de Francisco I en Francia, o el de Leon de Médicis i los Duques de Ferrara.

Cárlos V que era el único de los reyes Españoles dotados de prendas sociales habria podido ciertamente dar la lei en el buen gusto i la elegancia; pero obligado a estar la mayor parte del tiempo al frente de sus huestes i fuera de España no fué posible hacer este bien a sus súbditos que, por esta razon, han recibido siempre de los Franceses ataques reiterados por su faltade pulimento i la poca decencia de sus chistes.

Felipe II no era a propósito para esta empresa: devoto i melancólico, su palacio fué un sepulcro; i su hijo i su nieto, no importa las galanterias de éste mal podian prestarse a este servicio no dando ninguno de ellos muestra mayor de aprecio por la literatura no pudiendosobre todo el último por la calidad de su carácter revestirse de toda la pompa que su clase exigia. «De esta suerte, dice Marchena, la aurora de fino gusto que durante el reinado de Cárlos V con Garcilazo de la Vega i don Diego Hurtado de Mendoza etc., habia rayado, se cerró mu luego en una densa i oscurísima noche, donde nuuca ni un falleciente rayo de luz ha penetrado.»

«Nuestros grandes de España, unos viven en compañía de toreros, carniceros i jitanos: otros entre inquisidores i frailes: figúrese el lector cual es su urbanidad, cual la finura de su trato.»

Aunque exajerada esta pintura tiene su fondo de verdad innegable: los que leen las obras de los escritores del pasado siglo, pueden fácilmente conocerla. Así pues, de los cargos que pueda hacerse, ademas de los que hemos apuntado, a los escritores del siglo XVI a este respecto, nos parece que están demasiado absueltos i vindicados con decir solo que no teniendo, como lo hemos repetido, una escuela de buen gusto no estaban obligados a ser de otra manera que como fueron; es decir, faltos de urbanidad i de delicadeza de espíritu a veces; defecto que no se les puede culpar, sino como la necesaria consecuencia de la sociedad en que vivieron.

Pero ¿para qué hablar mas, para que recargar sobre un asunto que debe considerarse como preciso? Que es forzoso hacer un estudio de la literatura de este siglo, nadie puede negarlo: nadie imaginar que sin empaparnos en la lectura de sus buenos prosistas i poetas podamos ser otra cosa que adocenados escritores o copleros ramplones: cosas que por cierto no llenarian nunca la ambicion de los que sienten arder en su alma el fuego de la inspiracion i el amor por la verdad.

Estudie el poeta, nútrase con Herrera, Rioja, Leon, etc., i estamos ciertos que sus creaciones no serán muñecos relamidos i ra-

quíticos sino robustos frutos de un jenio copiosamente nutrido.

Que la poesía es espontánea, que nace como la flor de los campos, todos lo sabemos; pero sabemos tambien que el cultivo hace que esa misma flor, brotada tan fácilmente por la naturaleza, tenga doble perfume i lozania, cuando se la cuida i nutre segun los principios del arte, basados todos en el estudio de las mismas leyes en que estriban su desarrollo i su existencia.

M. BLANCO CUARTIN.

Continuará.

El voto de los hombres de bien.

«La política no es la ciencia del martirio de los pueblos: así los grandes hombres de Estado si no quieren pasar por sus verdugos, deben pensar que la caridad tiene un lugar mui preferente en el arte de gobernar a los hombres.»

Estas preciosas palabras decíalas en las Cortes de Cadiz con un acento quebrado por el dolor i la ternura el famoso orador don Agustin Argüelles, con motivo de pretender que las cortes dictasen una lei de amnistia a los Españoles que se habian, por el terror a las armas Francesas, guarecido bajo sus banderas. Este acento, sin embargo, apesar de la sublime inspiracion con que fué pronunciado en aquella memorable reunion, no produjo los efectos que eran de esperarse; probando con esto, lo que dice Didier que como podia Apolo hallar la misma recepcion en la mesa de los Dioses que entre los pastores de Thesalia. Con todo, la España conoció mas tarde que no hai nada mas impolítico que cerrar la puerta a la concordia, que no hai nada mas cruel, ni que mantenga mas enconadas las llagas de la guerra civil que curarlas con el mortífero licor del odio i los rencores. Así, las Cortes Españolas en el año de 1823, apesar de que Fernando, segun decia el Duque de Angulema, acababa de ser repuesto en el goce de sus lejitimos derechos, oyeron de boca de uno de los mas empecinados lejitimistas una confesion que probaba que la voz del diputado Argüelles era el eco del deseo de los hombres de bien, el suspiro de las almas aflijidas, el acento verdadero i robusto de los buenos patrios.

Hemos traído este ejemplo a la memoria, con motivo de recapacitar detenidamente sobre las palabras del mensaje del P. de la República que acompañó a las Cámaras para solicitar de ellas un año mas de facultades extraordinarias.

El Ejecutivo dice allí: que ciertos motivos le obligan a mantener en vigor las medidas tomadas sobre las personas, es decir, que ciertas consideraciones, que no esplica por supuesto, lo hacen demandar del cuerpo legis-

lativo este apoyo que, segun él, hará que el pais conserve la tranquilidad de que goza, la cual se hace cada dia mas necesaria; i es, sobre todo, indispensable para que Chile proceda sin embarazo ni turbulencia a cumplir con el ejercicio de la eleccion de jefe supremo que ha de verificarse en breve.

Respetando en cuanto se debe la opinion que el P. de la República debe tener en el asunto, i considerando que la política encierra a veces misterios que es forzoso considerar como impenetrables para los hombres que no estan en el secreto del gobierno; creemos, con todo; que hai consideraciones de interes público que pueden mui bien hacerse por los hombres que ocupan un lugar en la prensa, i las cuales no deben herir a los gobiernos, cuando estas no se formulan por otra consideracion que el bien comun i por seguir únicamente el imperioso deseo de la jeneralidad de los hombres de corazon i buen sentido.

Antes de todo ¿cómo puede concebirse que el Ejecutivo tenga motivos serios para observar la misma tirantez con las personas que están hoy lejos del pais, cuando su ministro declara solemnemente en pleno Congreso, que el pais de ninguna manera podia ser perturbado en sus funciones electorales por las tentativas de diez, doce o veinte personas que ahora se hallan proscritas? Si es una verdad, si son poderosas las razones que tiene el P. de la República para no abrir las puertas de la patria a los desterrados políticos, la asercion del señor Ministro no es sino una gratuita i lisonjera satisfaccion, o, si se quiere, solo uno de esos dichos que muchas veces se aventuran en el calor de la disputa, i los cuales quedan colgados del oido de los que los escuchan como en testimonio de la lijereza del juicio de los hombres.

Si, por el contrario, lo dicho por el Sr. Varas en la Cámara es cierto, los motivos alegados por el Ejecutivo no pueden ser sino especiosos pretestos, dirémos claro, con que se cree disimular el miedo que se tiene i la desconfianza en la fuerza del poder mismo que se asume.

Pero demos de barato que el señor Ministro piense como el P. de la República en la presente cuestion: que sus sospechas i sus temores sean los mismos: que sus intereses por mantener la paz sean idénticos ¿no se podia preguntar si las medidas represivas deben ceder un tanto ante el deseo de los buenos, ante las aspiraciones de los hombres que sin bandera política ninguna anhelan el bien de la República?

El que conoce la historia, todo el que ha estudiado los acontecimientos principales de la política de los pueblos, cuyo ejemplo debemos tener presente para rejir nuestra conducta, sabe a punto fijo que la perseverancia en

los propósitos sediciosos acrece en razon directa de las persecuciones que se fulminan sobre los hombres por sus faltas pasadas. Tan verdadero es esto, que si Luis Felipe, cuyo gobierno es el mas a propósito para estudiar nuestra situacion, por cuanto su monarquía no era otra cosa que un gobierno sin nombre, no hubiese querido seguir los imprudentes consejos de su pedagogo Guizot para refrenar mas alla de lo justo i racional la libertad de la nacion, tal vez a estas horas hubiera concluido su reinado como lo logró el astuto Luis XVIII a pesar del poco amor que le tributaba la Francia.

Aglomerare ejemplos de esta clase seria inútil, un trabajo engorroso i sin objeto, pues observando lo que ha pasado en nuestra América desde el momento de su emancipacion, uno puede ver sin esfuerzo que la política ha sido siempre rota en sus mas bien seguidas combinaciones cuando ha querido llevarse a una rijidez extrema; causa poderosa de exasperacion, i mas que fundamento para que el pueblo, aunque no se mire realmente tiranizado, lo crea asi, i obre en consecuencia de esta dolorosa suposicion.

Por otra parte ¿no se cuenta por nada la clemencia? ¿No se conoce lo que ésta influye en el hombre por avezado a la intriga que sea, i por robustecidos que se hallen en su corazon la rabia i los rencores? ¿No se tiene tampoco en vista lo que puede sobre el alma el desengaño, la pérdida de la esperanza, el aniquilamiento de la fortuna, el dolor, en fin, de haber malgastado las fuerzas del corazon i del espíritu en el servicio de una causa perseguida sin descanso por la suerte?

En este sentido ¿por qué no abrir la puerta a los emigrados Chilenos, por qué no correr un denso velo sobre lo que se llama sus errores pasados? por qué no llamarlos al seno de la patria i darles a gozar, despues de tantas amarguras i lágrimas, los derechos inestimables de que jamas se puede despojar el buen ciudadano, el verdadero patriota?

Demasiado debe conocer el ejecutivo que la suerte del pais no puede pender ni pende de la animosidad de una docena de individuos, de una centena, si se quiere, de hombres, cuya opinion, damos de barato que le sea enteramente estraña i cuya conducta, si se quiere suponer tambien no le sea favorable. Demasiado debe conocer el gobierno repetimos, i se repiten todos los hombres que piensan, que despues de haber sido el partido opositor sepultado en Cerro Grande, la revuelta no puede tener absolutamente cabida. Sí, eso lo sabe cualquiera i mucho mejor que nadie los hombres que manejan el timon del estado, los que son dueños de las rentas públicas, los que tienen un ejército leal que los ha defendido con constancia i

nobleza, los hombres, en una palabra, que tienen en sus manos los destinos del pais entero.

Si esto es así, si esto es una verdad innegable aun para aquellos que se asustan de la misma sombra de su grandeza ¿por qué pues no se acuerda una amnistía a los proscritos para que puedan venir disfrutar de los derechos que la constitucion que nos rige les concede como a ciudadanos? Es porqué se les teme? ¿Es porqué se cree que en vez de ejercer un derecho vendrian aquí a pretender arrancar por la fuerza lo que les negaba la legalidad i la justicia? Mentira! No se les puede temer: un centenar de hombres no puede, aunque se les suponga una falanje de gigantes, hacer siquiera bambolear un edificio, cuyas columnas dia por dia se robustecen i componen, i cuyo resguardo está confiado al deseo comun del pueblo mismo, que, harto ya de sangre i desengaños, lo único que aspira es la paz para poder hacer uso de los derechos que sin ella no serian sino quimeras.

Lamartine, hallándose sujeto por la mano de un fanático que hizo brillar a sus ojos la hoja de un puñal, gritándole muere! se defendió con esta sola palabra: nó, no me matarás: pues tengo un defensor imperterritito, i este es tu conciencia.

Ahora bien, si el bandido no solo contuvo su cólera al aspecto de aquella entereza i magnanimidad antigua, sino que concluyó estrechándole entre sus brazos ¿por que no podia el Gobierno de Chile decir a los chilenos hoi prófugos de la patria, hoi diezmados por el hambre i los tormentos: venid, que estoi seguro que vuestra conciencia será mi mejor baluarte? ¿No sería este medio de conciliacion el mas seguro, i el mas noble? ¿No obligaria al sedicioso i hasta al desalmado esta clemencia? ¿No seria esta conducta capaz por sí sola de matar en el corazon de los enemigos del gobierno la hidra del encono i de la venganza? Pero no, se dice, la política no entiende de clemencia, no entra en ella la caridad ni los jenerosos sentimientos: la política no debe atender en sus disposiciones al alma sino a la conveniencia: la política, en fin, debe ser sorda a todo acento que no sea inspirado por el interes i la desconfianza.

Pero no es así: la política de Isabel de Inglaterra personificado en este lema terrible

aut fer aut feri, ne fereari feri

está ya abandonado i debe estarlo para siempre en los gobiernos que como el nuestro, no son otra cosa que una autoridad paternal erijida por el consentimiento de una sola familia.

Si se dice que Napoleon III está demostrando la falsedad de esa teoría con sus hechos, si se citan los demas pueblos de Europa, cuyos gobiernos en nada tienen semejanza

con el nuestro, por cuanto ni nuestra sociedad ni nuestros antecedentes se parecen, nada se dice, ni nada se quiere decir; pues la Francia cuenta en su seno con elementos que, sueltos una vez en el teatro de la actividad, se combatirían tenazmente. Mas entre nosotros ¿cual es el antecedente que tenemos que respetar? ¿Cuál la dinastía que puede alegar derechos? ¿Cuál la raza que quiere hacer valer sus pretensiones, realidad sus ensueños, vida sus caprichos? Cuáles, en fin, esas preocupaciones arraigadas por el transcurso de los siglos i prontas a combatirse hasta la muerte?

En Francia, Napoleón huella el derecho de los Borbones, roba a sus propios robadores el trono de Luis Felipe: roba, a la república sus esperanzas, sus glorias, le roba, en fin, su porvenir, exigido imperiosamente por el genio i la fuerza de cada Frances.

Pero aquí en nuestra familia, se puede decir ¿Quién nos roba ni puede robarnos la propiedad del gobierno? Nadie: lo único que puede quitársenos es el uso de recobrarlo pronto, es el ejercicio del derecho que jamás puede perderse, porque vive encarnado en las mismas fuerzas que sostienen la vida del pueblo, por que vive hecho sangre en nuestro corazón, porque viene de Dios, en fin, i es fuerza que viva como la luz mientras no se apague la antorcha que ilumina este planeta. Al pedir clemencia para los emigrados chilenos, garantizada por una lei de amnistía, no quiere significar perdón en el sentido humillante que tiene vulgarmente esta palabra: no, lo único que pedimos es el olvido de los errores pasados, olvido que cicatrizaría tal vez i por mucho tiempo, cuando no para siempre, las llagas del corazón de muchas familias que son el ornamento de nuestra patria por su virtud i sus antecedentes. Dolor irresplicable para todo hombre de entrañas es el que recibe el alma cuando vemos que nuestros hermanos están hoy sentados en el umbral de un hogar extraño: tormento horrible es el que se padece cuando se medita que Chile, que hasta ayer no más había visto a sus hijos gozando de la felicidad en el seno de la patria, los mira hoy prófugos de su suelo, como miró la antigua Jerusalén a sus infelices moradores.

No basta vencer a los contrarios en los campos de batalla, no basta esterminar a los enemigos en el día de la refriega, nó, pues si a esto no sucede la conciencia de haber sabido usar del vencimiento, la gloria se convierte en deshonor i la alegría en arrepentimiento. El dicho del viejo Carvajal a Gonzalo Pizarro: «la espada una vez desenvainada contra el soberano no debe volver a la vaina, está diciendo lo que era la política de aquel siglo: la idea que se tenía de lo que es el jefe de una monarquía, de lo que es ese fantasma real que, aunque venido de Dios, debía suponersele inexorable

para ser consecuente en su misma grandeza.

Si esemismo Carvajal i su compañero hubiesen pensado que el monarca Español era capaz de perdonarlos, de seguro que las batallas de las Salinas i de Cajamarca no hubiesen empobrecido ese corto ejército de héroes, ni ensangrentado los virjinales campos del imperio de los Incas.

Sea el gobierno pues humano, jeneroso, clemente, como hemos dicho, i no habrá enemigo ninguno suyo que no diga lo contrario de lo que dijo aquel viejo guerrero, i no guarde para siempre la espada, desenvainada ya desgraciadamente contra la prosperidad de la patria.

Cuando a Napoleón se le decía que llamase al vencedor de Jemmapes, al ilustre Dumouriez que comía el pan de la miseria en Portugal, decía el grande hombre no me atrevo por la Francia: ella no quiere ver más al que manchó sus glorias con la traición.— Esto si no era grande, al ménos tenía disculpa; ¿pero podría tenerla, preguntamos, si el gobierno nos dijese que el país no quiere ver a los que lo han aflijido? No; pues si entre los que están fuera de él hai muchos que han sido víctimas de un estravío, no por eso puede contarse ninguno que merezca llevar el nombre ni sufrir la pena de los traidores.

Téngalo pues presente el gobierno i si el dicho de un poeta puede tener lugar en la memoria de los hombres de estado, recuerde también las palabras que pone Victor Hugo en boca de Carlos V cuando, acosado por sus enemigos, fué a buscar un consejo en el sepulcro de Carlo Magno.

.....—Par où faut-il que je commence?

Et tu m'as répondu:—Mon fils par la clémence!

M. BLANCO CUARTIN.

A LA SEÑORA

Da. María Henríquez de Toledo

EN LA TRAJICA MUERTE DE SU HIJA LUCILA I DE SU YERNO D. ELISEO COX, AHOGADOS EN EL RIO CLARO, EL 23 DE SETIEMBRE DE 1860.

Madre infeliz, esposa sin ventura,
¿Qué nuevo golpe de dolor ha herido
Tu corazón, cual hórrido estampido
De un rayo que despide nube oscura?

¿Por qué lloras sin fin, por qué tu pecho
Henchido de aflicción doble palpita,
I sentido clamor el aire ajita,
Como en el mar el huracán deshecho?

¡Ah! la hija de tu amor, tu compañera
En la viudez, la soledad i el llanto,
Tu lumbre, tu tesoro i dulce encanto,
Acabó en flor su rápida carrera.

Una tregua tan solo, una esperanza
De grata paz, un íntimo consuelo

A tu largo penar, concedió el cielo,
Iris falaz de efímera bonanza.

Lazo de amor que la virtud formara,
Guirnalda de azahar de mirto i rosa
Adornaron la frente de la hermosa,
Al maternal afecto prenda cara.

Al altar entre llanto i alegría
La llevas pudorosa, i mui mas bella
Que la benigna i amorosa estrella,
Cuyo esplendor anuncia el nuevo día.

I venturosa fué; pero la ausencia
La arrebató a tus brazos cariñosos,
Sin que de amor los éxtasis dichosos,
Mirases que encantaron su existencia.

Mas tú piensas en ella noche i día,
La ves, la estrechas sobre el seno amante,
I cuadros de ventura a cada instante
Te crea la risueña fantasía.

Que la felicidad de una hija amada
Es al sensible corazón materno
Primavera feliz, tras crudo invierno,
Por deliciosas auras perfumada.

Lucila en tanto sobre el blando seno
Del esposo querido, por tí anhela;
Una grata promesa le consuela,
Respira el corazón de gozo lleno.

A ti los caros votos se dirijen,
De entrambos a tí miran con ternura,
A tí sus pasos vuelan con premura,
I tu penar tan solo les aflije.

Tornan al fin: mas pérfido elemento
Arrebata en su rápida carrera
La pareja infeliz ¡Oh suerte fiera!
Confundiendo sus almas i su aliento (1).

En vano la amistad i la inocencia
Lanzan con ellos su clamor doliente,
El río como líquida serpiente,
Les arrastra al abismo sin clemencia.

I se lleva en sus ondas bullidoras,
Tu delicia, tu amor, tu dicha i vida,
I Lucila al morir «madre querida,
A Dios» dice con voz dulce i sonora.

Llora, amiga infeliz, justo tributo,
Es ese acerbo llanto a tanta pena:
Jamás tornaré a ver tu faz serena,
Eterno llevarás el negro luto.

Que del dolor materno la amargura
Estingue todo extraño sentimiento;
I borra hasta la idea del contento,
Agotando del alma la frescura;

I los días se pasan i los años,
Sin que lo que se amó se dé al olvido,

(1) Se ahogaron con ellos el Sr. Duran i su esposa, sus íntimos amigos, i una niña de 4 años, hija de éstos, que por una coincidencia algo rara se llamaba también Lucila.

I los consuelos son vano ruido,
Los placeres hastío i desengaños.

Mas ¿qué es esto? ¡Oh sorpresa... allá en
(la altura
¿Ves esa nube blanca i trasparente,
Que dibuja en su disco refulgente,
La forma de una bella criatura?

I otra no ves que la sostiene amable,
I otra aun, que la toma entre sus brazos,
Formando en torno de ella dulces lazos,
Con afecto purísimo, inefable?

Es su padre amoroso: él la recibe
Con ósculo dulcísimo i süave;
Es siempre el infortunio la áurea llave,
Que la dicha a los buenos apercibe.

Pero se aclara el grupo peregrino,
I distinto aparece en el espacio,
De violado color i de topacio,
Signo brillante, talisman divino;

Tiene forma de cruz: el sacro nombre
De Dios, lleva gravado en letras de oro,
I «este (dice tu esposo) es el tesoro»
«Que cura los dolores en el hombre.»

«El es signo de amor i de victoria»
«Bendice las angustias i la muerte»
«La injusticia repara de la suerte»
«I de las penas borra la memoria.»

«Para lograr un día tu consuelo,»
«Resígnate i espera, cara esposa;»
«La vida es una prueba dolorosa,»
«El verdadero bien está en el cielo.»

MERCEDES MARIN DEL SOLAR.

El manuscrito de un loco.

LEYENDA.

PROLOGO.

Sin mas ni mas, ni decir allá voi como el que se arrojó ventana abajo, voi a tratar de presentar al lector o lectora (que todo me es indiferente) un pequeño cuadro.

Si tiene o no importancia, júzguelo el que lo lea.

La mujer encontrará en él, mas de un razgo suyo.

El hombre, también.

A no ser que éste sea:

Algun diputado a córtes—algun comerciante arruinado—algun municipal celoso—algun cómicó silvado—algun abogado con pretensiones—algun empleado del Gobierno en épocas electorales, o algun escritor envidioso.

Todos éstos, digo, nada encontrarán en él por le sencilla razón que no leerán el libro.

Esto poco me importa.

Pero si en cambio no recorriera estas páginas alguna encantadora jóven, no se sonriera algunas veces, o de sus pupilas no brotará una de sus purísimas lágrimas...

Detente pluma, detente!

Qué estoi diciendo?

Exijir lágrimas a una mujer en el siglo del positivismo, en el siglo XIX en fin, seria un absurdo.

Antes, refieren viejas crónicas, la mujer era sensible como su naturaleza i no se contaba una sola que hubiera dejado de llorar al leer los *Doce Pares de Francia* del *Arzobispo Turpin*. (Que es como si dijéramos del mas solemne embustero, de sobre la haz de la tierra.)

I ahora, qué se han hecho las lágrimas?

Se han conjelado como un arroyuelo en la estacion del frio?

Quién sabel

Se han agotado?

Nó!

Las lágrimas, ya no son la dulce emanacion del corazon conmovido por un episodio cualquiera. Son uno de tantos artificios adoptados i establecidos *legalmente* por el siglo XIX.

Las lágrimas, son en fin, una libranza a la vista.

La presente narracion no es mia, ha llegado a mis manos por un casual acontecimiento.

No es tampoco una ficcion de la imaginacion.

Es la historia de un amigo.

Es la historia de seis años de amargos *recuerdos*, de *ilusiones* i de *amor*.

Tres poderosos móviles que siembran de abrojos el difícil camino de nuestra breve existencia.

Tres emanaciones del infierno, que acibáran para siempre a las organizaciones sensibles i delicadas.

He dicho antes que el cuadro que presento, no es mio.

Estamos conformes.

Pues adelante.

PRIMERA PARTE.

REMINISCENCIAS.

I.

Siempre he sido amigo de las meditaciones.

No de las de Hervey.

Tampoco de las de Alfaro.

Ni aun de las de Volney.

No porque dichos libros dejen de tener un mérito indisputable, sino porque mis meditaciones son de otra naturaleza.

No sé si sean buenas o malas.

A mí me gustan.

I cada cual en su casa i Dios en la de todos.

Una noche de luna, de aquellas de enero, una noche pálida como una niña enamorada, me agrada en extremo.

Una mujer alumbrada por los plateados rayos, se reviste de un *no sé qué* de poético i romántico.

Enamora.

Enloquece.

I es por esto que frecuentemente sentado en un banco, evoco pasados recuerdos.

Amargos unos, dulcísimos otros.

Ah! por qué pasaron esos tiempos!...

Mis ilusiones i recuerdos se suceden en mi mente como las olas del mar, unos tras otros.

I como las olas del mar se estinguen tambien en la desierta playa de mi pasado.

Los que vengan en alas del porvenir, ¿tendrán igual fin?

¿Pasarán cual fugases sombras, dejándome el corazon palpitando en un océano de placer?

Pasarán tronchando mi juventud i envenenando para siempre mi existencia?

Quién sabe?

Yo he tenido dichosísimos momentos.

Momentos!!!... nada mas que momentos!...

Pero una eternidad de goces es un momento!...

Tambien he padecido.

Mucho!...

He apurado hasta las heces el cáliz del dolor.

I he inaldecido mi existencia.

Ahora nada siento.

Que los dolores del alma matan el corazon.

Ahora nada siento.

Ha tenido mi existencia un intervalo de seis años de descanso.

Un intervalo de sueño.

Hoi es el primer dia durante ese intervalo, que ha despertado.

Henchida de ilusiones como ántes.?

Sí; respirando una atmósfera pura, suave i embalsamada como el aliento de una vírjen.

Alegre i bulliciosa como las aves en la estacion de las flores.

I fuerte como el cóndor que se cierne en los aires sobre la cumbre de los Andes.

Soi otro hombre.

Despierto con la ignorancia del pasado.

Me lanzo con frenesí en una nueva vida.

Pobre átomo en la tierra, estoi condenado a sufrir.

Oidme, lector.

Pero ántes, diré quien soi.

II.

Me llamo Julian porque tal fué la voluntad de mis padres.

Ellos ya no existen.

Han encontrado otra patria: el cielo.

Me dejaron una regular fortuna.

Soi completamente libre, pues no soi casado.

I tengo pocos amigos, porque es mui difícil encontrar muchos.

Un dia recibí una carta de mi apoderado, en donde me daba cuenta del estado de mis negocios.

Tomé la dilijencia i volví a la ciudad de N... mi patria, despues de una ausencia de seis años.

Llegué a mi casa.

Cada ventana, cada piedra, en fin, fué para mí un recuerdo.

Recuerdo de seis años.

Habia creido olvidarlos.

Cuán equivocado estaba!

Cuando se reciben ciertas impresiones, se graban en el corazon con caracteres indelebles.

I a la menor imprudencia, la herida no cicatrizada aun, se desgarran i vierte sangre.

Estaba de tal manera trastornado que no atinaba con mi aposento.

—Este es, señor, el aposento de Ud.

Me dijo mi mayordomo i me alargó la llave.

El hierro me quemó la mano.

No me atrevia a entrar.

No queria tampoco dar a conocer mi turbacion.

—Necesito estar solo, dije.

El buen hombre me hizo un saludo, i me dejó.

—No, añadí, no entraré!

Permenecia indeciso, como César ántes de pasar el Rubicon.

Por último:

—Entremos, grité, arrostrémoslo todo, estoi condenado a sufrir, sufrirémos... Mas desgarrado mi corazon no puede estar!!

I con la frente cubierta de sudor, i la mano trémula, introduje la llave en la cerradura.

III.

I abrí la puerta.

De pronto nada ví, una especie de sombra nubló mis ojos.

Poco a poco fué estinguéndose hasta que los objetos hirieron mi vista.

Todo estaba como lo habia dejado seis años ha! Cerré la puerta por dentro; pues no queria que me interrumpieran.

A todo estaba determinado.

Avancé.

El corazon me latia con violencia.

Un rizo de mujer estaba sobre una cónsola.

El sol, traspasando los cristales de la ventana, lo alumbraba.

I a mis ojos aparecia inflamado.

Volví la cabeza, no queria mirarlo, i mis pupilas no se apartaban de él.

Ese cadejo de pelo me fascinaba.

Lo tomé en mis manos.

Lo besé con locura.

I con locura tambien, lo estreché contra mi corazon.

Ah!... aun conservaba el perfume que ella acostumbraba usar!

Lucila! Lucila! exclamé con desesperacion suprema i en el colmo de mi dolor.

I caí de rodillas. I lloré.

I hamedecí con mis lágrimas ese terrible recuerdo, que taato, tanto me hacia padecer!

—Ah! cuan feliz hubiera sido con ella! me decia, recuerdo aun tus palabras Lucila, cuando me diste este rizo... Cuan feliz era entónces!... I tú eres desgraciada como yo?... Te has acordado alguna vez de mí?... Oh! yo; siempre., siempre!

El llanto habia desahogado mi pecho, habia calmado mi agitacion.

Guardé mi talisman en una cajita de marfil i nácar, i abatido por el cansancio, me deje caer en un sillón al lado de mi escritorio.

Cerré los ojos, contraje mi pensamiento i me envolví en un mar de recuerdos.

Todo el pasado de mis amores se presentó a mi imaginacion!

Sí, recuerdo, Lucila, nuestro mútuo juramento de amor, veo tambien asomar a tus hermosos ojos azules las purísimas lágrimas con que consagraste ese juramento.

Juramento que con iguales lágrimas tambien quebrantaste.

Cuan felices éramos!

Como una de tus apasionadas i lánguidas miradas, me enardecia de amor!...

Te acuerdas Lucila?... te acuerdas cuando te di un beso de amor i ventura?

Cuan hermosa te tornaste!

Tus mejillas pálidas se tiñeron de carmin, tus ojos brillaron, tu cuerpo se estremeció.

Perdóname, Lucila, perdóname.

Te amaba tanto!...

Mas ahora no puedo ni debo amarte.

—Ah! cuan feliz habria sido con ella!

IV.

I abrí los ojos.

Dos lágrimas se deslizaron por mis mejillas.

Con lágrimas consagraba tambien el recuerdo de mis amores.

Estaba mas tranquilo.

Cómo no conmoverse a presencia de tantos objetos que me recordaban momentos de placer?

Sí, momentos de placer: ántes!

Momentos de amargura; ahora!

Habeis amado lector?

Habeis amado con aquel amor puro, sublime, que diviniza a la criatura sobre la tierra?

No es cierto, que cuando se ama así todo sonrie, todo es alegría i placer?

No es cierto que se cree escuchar nuestro amor en el canto de las aves, en el ruido de la brisa al pasar por un jardin?

No es cierto que el rocío oculto en el perfumado seno de una flor, es lágrima de nuestro amor?

Os ha engañado alguna mujer, lector?

Os ha olvidado quebrantando sus juramentos, sus promesas i sus lágrimas i se ha entregado en brazos de otro?

Oh! entónces, cuánto se sufre!

La existencia se hace insoportable!

La vida es un infierno!

I no es cierto, que en el ruido de la naturaleza toda, creéis escuchar una maldicion, para la persona que os entreabrió el paraíso con todos sus encantos, para en seguida precipitaros al infierno de la desesperacion?

I no es cierto que de noche, cuando contemplais la tachonada esfera, creéis ver desprenderse una maldicion de cada estrella i lanzarse hácia la mujer que os burló?

I no es cierto, que cuando veis las flores inclinadas tristemente en sus tallos creéis que lloran vuestra desgracia?

Qué os resta ya?

Las ilusiones perdidas!

El corazon desgarrado!

Nada! Nada!... Nada!

La tierra es un desierto.

La mujer un sarcasmo.

El hombre un ente miserable.

Qué es el amor?

Una mentira que dura mas o menos tiempo.

Una ilusion con alas de oro que se disipa como el humo al impulso de la primera ráfaga.

Nada! Nada!... Nada!

Resta solo la esperanza:

Qué es el porvenir.

Veis el azul del cielo que parece poner límites al horizonte?

Allá está el porvenir.

No nos arredremos.

El pasado nos ha dejado el corazon desolado i nos ha hecho palpar la realidad. Os esperamos!

Os esperamos, porvenir!...

V.

Pobre aposento!

Mis libros favoritos cubiertos de polvo!

El piano abierto.

Sobre él una pistola enmohecida.

Insensato!

Habia intentado suicidarme!

Pero habia querido morir como el fénix, cantando.

Sí, recuerdo que dejé el arma sobre el piano i canté por la última vez el ária que tanto le gustaba a *ella*.

La providencia hizo lo demas: me salvó.

Qué noche aquella!

En la alfombra hai flores secas.

Recuerdo que en un momento de desesperacion hice pedazos el último ramo que me habia dado.

Ah! cuan feliz hubiera sido con ella!

MANUEL CONCHA.

Continuará.

La penitencia de Maria de Joisel.

(Continuacion.)

V.

GOZOS I PENAS DEL CORAZON.

En ménos de ocho dias, Henrique Thomé estaba dominado por la pasion mas violenta. Apesar de todo su amor, apénas habia conseguido arrancar algunas vagas palabras de la cautiva, que al parecer en todo pensaba ménos que en el.

Pero una mañana que la sorprendió en un estado de desesperacion increíble, con la cabellera destrenzada i las manos cruzadas, le habló como a un amigo.

La religiosa este dia no habia entrado en la celda al abrirle la puerta al jóven médico. En cuanto a él, encontrándose asi solo frente a frente de aquella mujer desconsolada que amaba hasta el delirio, se echó a sus piés, le tomó las manos i le dijo con voz conmovida:

—Ah! señora, si supieseis cuanto os amo!

En otra circunstancia la prisionera le habria rechazado tal vez con desden; pero entónces ella tenia abierto su corazon por una crisis de dolor i desesperacion: ella se conmovió al escuchar esta confesion, miró a Henrique sin quitar sus manos i murmuró con voz enternecida:

—Me amais! Pero no sabeis a quien amais! mi desgracia os ha conmovido; pero eso es piedad i no amor como pensais. Oh! sí, me compadeceis pero no me amais!

—¿Qué no os amo! exclamó Henrique con sollozos. I me diréis que no os amo! La prisionera sintió lágrimas abrasadoras sobre sus manos.

—Pobre jóven, murmuró ella llorando a su vez. ¿Quién sois? ¿De dónde venis? ¿No habeis encontrado en el mundo en que vivis una mujer mas jóven i mas digna de vuestro corazon? ¿No teneis una hermana que os defienda contra una pasion semejante?

—Tengo una hermana, sí, una hermana que me ama, replicó Henrique con voz ahogada. I si ella os viese tan bella i tan infeliz, léjos de condenar mi pasion me mandaria que os amase.

Maria quedó pensativa. Estendió su mano sobre el Cristo que estaba colgado a la cabecera de su cama, tomó una llave mohosa i un puñalito manchado con sangre; pero rechazándolas de repente dijo: nó, nó, jamas.

¿Qué decis señora? Por favor tened confianza en mí.

—Puesto que me amais, ¿quereis ayudarme a completarme una grande obra?

—Estoi a vuestras órdenes, mandad, dijo el jóven levantando su cabeza con enerjía: mandad, os digo, i mi brazo como mi alma son vuestros.

—Tened cuidado: lo que medito es grave i tal vez pueda comprometeros.

—No es una felicidad perderse por vos? En este sentido, ordenad i sereis servida.

—I bien, exclamó Maria tomándole la mano, cuento con vos. He aquí lo que teneis que hacer: es preciso que yo salga de esta prision, durante tres o cuatro horas solamente, en cualquier dia de esta semana, antes de los doce de la noche. Montarémos a un coche e irémos a la calle de San Andres de las Artes, donde tengo que hacer una visita. Henrique no pudo reprimir un movimiento de celos.

—Niño! replicó ella ¿veis acaso en mis ojos que eso puede ser una cita de amor?

En efecto, la cólera de la venganza habia subido a su rostro: sus ojos centellaban de rabia.

Despues de esta visita volverémos aquí, pues no quiero huir ni aun con vos. Es preciso solo hacerse justicia. I bien, ¿tendreis el coraje de ayudarme?

—Sí, señora, respondió Henrique con voz entera. Pero por premio de este peligroso viaje, os pediré a la vuelta solo que me permitais daros un beso sobre vuestros cabellos.

—Tomadlo anticipado, dijo respirando gozosa. Henrique besó la cabellera de la condenada con pasion, con delirio.

—Esta noche será? replicó ufano.

—Sí, esta noche, si podeis.

—Ya que así lo ordenais lo puedo, señora: advertiré al carcelero i a la superiora que estáis mas enferma, que por eso tengo que volver a la noche, i que la hermana Marta debe velaros.

La hermana Marta os ama como todos aquellos que os ven: ella no tendrá valor de reteneros. Partirémos juntos: no verán salir a nadie mas que a mí: en fin el cielo nos conducirá.

—Id con Dios, yo os aguardo rogándole por vos con toda mi alma.

Henrique salió de allí feliz i orgulloso i mas ciego que nunca de la loca pasion que apesar suyo habia prendido en su alma.

VI.

EL PUÑAL I LAS VIOLETAS.

A las once de la noche Henrique bajó del coche a la entrada de la calle de *la Llave*; i aunque llovía a mares quiso ir a pié hasta la prision. Allí encontró a la hermana Marta en la celda de Maria, que no se habia atrevido to lavia a confiarle su secreto. Como no habia tiempo que perder, Henrique le dijo no bien entró el designio de Maria.

—Espero de vuestra amistad por ella tres horas de velada i de silencio en la celda: al cabo de este tiempo Maria volverá: ambos lo juramos sobre este crucifijo.

—Si fuese para hacer una obra buena..... murmuró la hermana Marta espantada.

—Sí, sí, una buena obra, dijo Maria animándose.

—Id hermana; yo voi a rogar a la santa madre de Dios para que vele vuestros pasos.

Henrique echó su capa sobre los hombros de la prisionera que lo siguió a distancia en el corredor. El carcelero vino a conducirlo a la puerta; Henrique le tomó al acercarse a él su linterna sorda, la apagó tirándola por el suelo i dejó confundido a este hombre por una porcion de palabras sin hilacion ni sentido: todo hasta aquí fué perfectamente. Miéntras que el carcelero recojió su linterna, la prisionera tuvo tiempo de pasar. Luego que se hubo cerrado la puerta, Henrique tomó a Maria entre sus brazos i la condujo así hasta el fiacre. Desde la calle de la *Llave* hasta la de San Andres de las Artes el viaje fué silencioso. Henrique no se atrevia a interrogar a Maria ni a distraerla de sus pensamientos; solamente habia tomado su mano i de tiempo en tiempo la oprimia contra su corazon. Maria parecia agradecerle su silencio: estaba conmovida de agradecimiento, así durante el camino respondió varias veces con un apretón de mano a la ternura de su compañero.

A pesar del mal tiempo, la noche no estaba totalmente oscura, se podia ver la luz hasta en el coche. Por esto es que Maria por la primera vez supo que Henrique tenia una noble figura: se sintió que estaba compadecida de su amor, i por lo tanto no pudo impedir que se le ofreciese a su cerebro la idea de huir con él, de ir juntos a saborear en alguna soledad bendecida por el cielo el amor que se le ofrecia como lenitivo de tantos tormentos, i como en recompensa de los pesares pasados en aquella lóbrega prision cuyas frias murallas sentia sobre sus espaldas desde doce largos años de angustia.

Nó, nó, se dijo; eso seria una locura, el tiempo de amar ha pasado para mí.—Sin embargo, se replicó, sola con el que me ama, léjos del teatro de mi crimen i mis desgracias, olvidando el pasado como una triste pesadilla ¿no seria Dios tan misericordioso que me concediese todavia un solo dia de reposo? Inclinando su frente entristecida se contestó en el momento: «¿Reposo para mí? Oh! no, todo eso concluyó para siempre: mi corazon no es otra cosa ya que un infierno. No, no es amor lo que necesito, es solo venganza.»

El fiacre acaba de detenerse delante de la mas pequeña casa de la calle de San Andres de las Artes.

—Vos llamaréis a la puerta, dijo a Henrique al tiempo de darle la mano para bajar. Preguntaréis por la Verrière: el portero os tomará por un amigo de la casa i así a pesar de lo avanzado de la hora nos dejará entrar.

—I a donde iremos? preguntó Henrique golpeando.

—Sé el camino, respondió Maria con un suspiro.

Pasaron sin obstáculo, atravesaron el patio, subieron una pequeña escalera i detuviéronse por fin delante de una puerta que apenas se divisaba por la oscuridad.

—Esperadme aquí, Henrique: no tardaré mucho, segun lo espero.

Diciendo esto introdujo su llave mohosa en la cerradura, abrió la puerta, la empujó i se avanzó en puntillas hácia el gabinete donde ella debia hacer su visita.

—Está bien, dijo viendo un rayo de luz por las

rendijas de la puerta: mejor es que lo que encientre allí: allí está, está mui bien.

Antes de entrar reunió sus fuerzas i alzó los ojos al cielo.

Se adelantó mas resuelta, sin embargo, empujó suavemente la puerta i entró.

En este gabinete velaba un hombre enteramente disecado por el trabajo i la pena. Su aspecto era mas bien el de una momia que el de un vivo. Una lamparita esparcia sobre su figura huesosa una luz tan siniestra como la de las tumbas. Estaba vestido de un traje talar cuya negrura i tristeza cuadraba perfectamente con su persona. Cuando Maria entró, tenia la figura mas animada que de costumbre: acababa de escribir i reeleía lo que habia escrito con un placer cruel. El motivo de esta alegría debia ser horrible. Efectivamente, era la obra mas indigna que haya salido jamas de pluma ninguna: era un testamento lleno de maldiciones. Este hombre que se sentia morir queria dejar despues de sí todo su odio, toda su venganza, toda su cólera.

Cuando hubo concluido de leer este extraño testamento, se dibujó en su rostro apergaminado, una alegría salvaje i feroz: se hubiese dicho que acababa de enterrar un puñal en el corazon de su enemigo. En este instante, creyendo oír ruido levantó los ojos.

Vió a Maria pálida i sombría, con la garganta ajitada por las pulsaciones del corazon, con el ojo centellante de cólera.

—Vos, señora! exclamó con un temblor súbito.

—Sí, dijo ella avanzando un paso, sí, yo i nadie mas que yó!

Este hombre tenia miedo: abrió la boca para demandar socorro.

—No llameis, replicó Maria sacando el puñal de su cintura.

El levantó la mano como para defenderse: ella lo hirio entónces con mano incierta en la espalda, pero de un modo sin consecuencia. La rabia i el terror tuvieron entónces tal fuerza en él que cayó desmayado en su sillón debatiéndose contra ella i gritando socorro, Maria se aproximó entónces cerca de él: mirólo entónces con disgusto i piedad.

—Matarlo! dijo ella sería una cobardía ¿no es verdad? ¿para qué matarlo estando ya medio muerto?

Dejó entónces caer el puñal a sus pies.

—Oh! Dios mio! yo os doi gracias, dijo ella, yo os doi gracias de haber desarmado mi brazo.

Aproximóse al decir esto, sobre la mesa para echar una mirada sobre lo que aquel hombre acababa de escribir.

—Su testamento! repitió con una curiosidad inquieta.

Repasó rápidamente las primeras pájinas desde largo tiempo escritas i leyó con precipitacion las últimas líneas: «yo lego a mis hijos toda mi venganza i todas mis maldiciones contra su madre. En el nombre de Dios i de la justicia humana, pido i quiero que la persigan con la ignominia i el odio hasta su muerte.—En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, Amen.»

—Hé aquí lo que escribia! dijo respirando apenas; la venganza era su último pensamiento i despues de la muerte, su sombra inquieta vendrá a velar a las puertas de mi prision.

Tomó el testamento, lo destrozó i lo arrojó con desprecio a la cara del procurador.

Alejóse despues i volvió a donde estaba Henrique.

—Partamos, le dijo cerrando la puerta: mi visita ya está hecha.

Volvieron a la prision. Encontraron en la celda a la hermana Marta que se habia dormido.

—Adios, murmuró Henrique antes que la religiosa se hubiera despertado.

—Henrique mi mano a estas horas es indigna de vuestros lábios: volved mañana; pero esta noche pedid a Dios fuerzas para olvidarme.

Lo llamó con un jesto i recojiendo las pálidas violetas que cultivaba con tanta solicitud le dijo:

—Tomad, Henrique, tomad estas violetas: esto es todo lo que puedo daros, ellas valen mas que mi corazon: tomadlas i no me pidais nada mas: mirad: hai sangre humana en mi puñal.

(Continuar á.)

A mi Lira.

¿Por qué te callas, pobre lira mia?

¿Por qué no sueltas ya tu voz al viento?

¿Acaso aquella misma melodía,
Desapiadada causa tu tormento?

¿O prefieres callar por que la pena

Hoi tus sonoras cuerdas encadena,

Al ver que nadie sabe que en tus notas

Prendidas vuelan esperanzas rotas,

Memorias seductoras del pasado,

Ensueños deleitosos, desvarios;

Esencia que en el alma han destilado

Ingratitud, crueldad, hielo, desvíos?

¿O por qué nadie, en fin, gusta tu canto,

De continuo empapado en suave llanto?

Si es así, llora, pobre lira, llora;

Que el llanto mil delicias atesora.

Jamas a los tiranos tributaste

Eco ninguno torpe i fementido.

Jamas al poderoso tu ensalzaste,

Ni al orgullo ni al vicio enriquecido.

Jamás el crimen te debió un acento,

Jamas prostitüiste el sentimiento;

Jamas un eco tuyo fué mentira;

¡I aun así, muda estás, mi pobre lira!

¿Te asusta acaso la opresion que cierra

Al jenio la vereda, i que mancilla

El nombre ilustre de tu amada tierra

Que con tanto esplendor al mundo brilla?

¿Te espanta la traicion, la tiranía,

La corrupcion, el crimen, la falsia?

¿Te anegas, no es verdad, en triste duelo

Al ver Chilenos en estraño suelo?

Si es así, llora ¡pobre lira mia!

Desata tu dolor en hondo acento;

I cada son de triste melodía

Atriste el aire tu penar violento.

No importa que no cantes los amores,

¡Lágrimas tienes, ail tienes dolores!

I ya sabes que el llanto purifica,

I hasta el mismo martirio santifica.

No te cause tormento que el magnate

Estúpido desoiga tu querella;

Ni ménos de envidioso botarate

El silencio o desprecio te haga mella.

Canta por tí, no mires a quien cantas;

I, en fin, si desventuras tienes tantas,

Tanto dulce dolor, nó, no los pierdas,

I de una vez estallen en tus cuerdas.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

Crónica de la Semana.

SUMARIO.—El segundo trimestre.—Novedad trasandina.—Una novedad del baile pasado.—El *Ferrocarril* un dia sí i un dia nó.—¿Si será cierto?—El *Comercio* de Valparaiso.—Remate de fiesta.—Sesion de la Cámara de Diputados.—Té ministerial.—Propaganda estomacal.—Chile literario.—Beneficio de Agresti.—Un susto para el Duende i un pedido a los lectores.

No es poco placer para mí principiar esta crónica, queridísimos lectores, recordándoos que hoi es el primer número de nuestro segundo trimestre, es decir, la treceava entrega de este pobre papelito, digno de mejor suerte.

Al daros esta triste noticia, (la llamo así porque como habeis dentro de poco de poner la mano en el bolsillo para pagar esta nueva era de nuestro periodiquito); he tenido en vista, ahora que vivimos en tiempos de alabanzas i jaculatorias ministeriales, haceros presente los sacrificios no solo de nuestra pobre mollera, sino de nuestro estrujado bolsillo por defender la causa de los buenos principios, de la justicia, en una palabra, amenazada cada dia por los que todo lo pueden.

Vivir tres meses, como ha vivido el *Mosaico*, es una gracia, es un triunfo, por no decir un milagro, que no solo no se esperaba en estos tiempos de desfallecimiento i escepticismo, sino que (perdonen la modestia) honra a su único redactor en alto grado.

«Escribir bajo los martillos, decia el famoso Hermosilla, es un honor que nadie puede arrebatarnos;» i tenia razon de sobra al decir esto, pues es forzoso tener un ánimo fuerte para contrarrestar con la palabra escrita el guantelete de hierro de los que mandan. Tan cierto es este mérito; que mui pocos son los que se aventuran en estos tiempos a despegar los lábios, a significar siquiera de palabra el justísimo descontento de que se hallan poseidos. Pero tienen tambien razon, pues la era de los caballeros andantes, de los hazañosos paladines ha pasado ya para siempre, arrastrando en su tumba toda aquella grandeza de alma que habia menester el hombre para sacar la cara por la dama de sus pensamientos, víctima de los entuerros i agravios de los malandrines incapaces de comprender los fueros de la horfandad i la belleza.

Con todo, siempre es bello, ya que no es posible desenvainar la espada en defensa de la República, afilar la pluma i esgrimirla como un estileto para defender toda idea elevada, todo principio que envuelva el bien, toda aspiracion que acredite nobleza de alma i altitud de concepciones.

Como lo veis, el amor propio no solo es enfermedad peculiar de los Ministros sino tambien de los pobres hombres, aunque de estos hai que tambien han agarrado una cartera, i que por esto ya han dejado de serlo: si, el amor propio es un mal endémico de la especie humana i del cual ni

aun he sabido librarme yo que soi *Duende*, ni otros que son mas aéreos e impalpables que yo, como son los *claqueurs* pagados para celebrar el grotesco sainete que representamos.

Cuando hemos hablado de sainete, no es a humo de paja, nó, pues traemos a la memoria un personaje que figuró en 58 en Copiapó de la misma manera que aquellos domines de las piezas de don Ramon de la Cruz. Ya habrás caído que quiero hablar de don Juan Vicente Mira, de aquel para siempre famoso intendente azotador que fué condenado por los Tribunales de Justicia a no poder desempeñar empleo ninguno en la República. Pues bien, he traído a colacion a este personaje, por que, leyendo los periódicos de Mendoza, me he hallado con una relacion chusquísima, la que quiero repetirte para que te rias un poco a sus espensas i lo *peles*, como lo hago yo con todos los que son el azote de los buenos.

Pues, señor, es el caso que habiendo, no se sabe porque, mandado llamar a don Juan Vicente el Gobernador de Mendoza, éste, no se sabe tampoco la causa, contesta que no puede ir porque goza de las inmunidades diplomáticas que lo protejen como a subsecretario del Consulado Chileno. Vuelto a ser requerido don José Vicente, a los dos dias del llamado oficial presentóse en la oficina del Gobernador en carácter de tal subsecretario, i para confundir al ignorante mandatario mendozino, juzgó lo mas a propósito echarle una runfla de citas de Wattel i Pufendorff con el fin de probarle que un subsecretario, i un subsecretario como él i de aquel Consulado gozaba de todos los fueros, privilejios e inmunidades que las leyes internacionales conceden a los embajadores.

Por supuesto, el Gobernador rechazó estas pretensiones, diciendo que jamas habia sido reconocido el tal Mira por subsecretario, i sobre todo que aunque lo hubiese sido los Consulados no tienen esos privilejios de asilo, etc., etc., que se querian hacer valer tan enfáticamente.

Con este motivo desde entónces el tal don Juan Vicente es la irrisión de Mendoza, cuya buena sociedad, instruida ya convenientemente en el derecho de jentes, dice que el señor Mira es sagrado como podria serlo cualquier mueble de un Ministro plenipotenciario o embajador; i que así puede estar tan tranquilo como lo estaria por ejemplo el chicote o la huasca del Cónsul.

Como veis, los mendozinos nos han hecho justicia con este calificativo, razon por la cual debemos estar agradecidos a esa espiritualidad que debe haber azotado el amor propio de quien tan feroz i brutalmente azotó la Constitución i las leyes confiadas a su vijilancia como mandatario.

Al lado de esta novedad internacional trasandina, quiero referirte otra que, aunque no de este jénero, te interesará como si lo fuera.

Pues bien, has de saber que una señora vieja, madre de tres hijas i de tres hijos (la señora todo lo hace por tres,) que habia venido espresamente de Petorca para concurrir al baile dado en honor de nuestro Intendente, tuvo en la noche del dicho sarao el percance mas raro que hasta ahora haya acontecido a ningun viajero provinciano. Fué este, que habiéndole dicho sus hijas, que era de mal tono asistir temprano a una reunion de esta clase, la señora determinó, como lo hizo en efecto, salir

a las 11 de la noche de su casa, la cual está situada en la Chimba. Como la distancia es corta, era natural que la familia de la dicha señora llegase a las 11 i media cuando mas; pero no fué así, por que atrancada la carretela en que venia medio a medio del rio, vióse al cabo de una brega de tres horas forzada a demandar socorro; el cual le fué otorgado sacando en brazos a las hijas i a ella, que era lo mas pesado, de aquel atolladero en que la impericia del cochero o la travesura de nuestro Mapocho las habia sumerjido.

Llegó al fin la desventurada familia a las tres i media de la mañana al baile; hora en que todos salian del ambigú, despues de haber dejado la mesa casi vacia. El contraste era duro, como veis, pero esto no era lo mas digno de lástima, pues con ir comer a su casa estaba todo hecho. Nó, lo mas duro que le aconteció a la señora fué que, obligada a estar en el rio como Moises en la canasta, tuvo por fuerza que anegarse en agua i por esta razon entrar al baile hecha una sopa. Por fin llena de agua, de rabia i de hambre, la pobre no bien dió un vistazo o mejor luego que se lo hubieron dado, volvió la grupa, i fuése a pié hasta su casa, renegando, como era natural, del cochero, del rio, del baile i, lo que es mas, cayendo por consecuencia de este trájico suceso enferma de una anguina que la ha obligado a guardar la cama hasta ayer. Libre ya de la enfermedad hoi ha partido para su provincia, diciendo a cada rato que el baile estuvo feo, pero que sobre todo lo que estuvo mas feo fué el no haber probado bocado de aquellas tortas.

Cuando se medita sobre lo fugaz de nuestras esperanzas i lo quimérico de nuestros deseos, no se estrañan los chascos, no se sienten lo que nosotros afrancesadamente apellidamos nuestras decepciones; pero para esto se necesita ser filósofo, diputado al Congreso de Chile, o al ménos, estar dotado de esa pasta que hace envidiable la suerte de los pacienzudos i de los buenos vividores, como se llaman a los que toman la vida como una pura comedia.

No soi así yo, desgraciadamente, carísimo lector, pues quiso el que todo lo puede, el Ser que gobierna el universo i crea i maneja todo cuanto existe, ménos a nosotros, que eso ya es asunto perteneciente al diablo, hacerme de un carácter combustible, de un jenio de pólvora, de una condicion, en fin, que está como pidiendo a cada momento un desengaño i un percance.

Hago este pequeño rasgo biográfico, para que gradúes la impresion que me produce en los nervios todos los lunes la *revista de la prensa* que publica el diario de la capital.

Efectivamente, eso de ver (como lo habrás reparado) un lunes sí i un lunes nó figurando en el *Ferrocarril* las materias que trae nuestro papelito, es una cosa que me entristece; i para ello tengo, entre todas las razones con que puedo hacer justa i motivada esta melancolía, una que no quiero callarme, aunque sé que con esto van a hacer que se rian de mí como de un pobre hombre.

Pues señor, me duele que el *Ferrocarril* al dar cuenta semanalmente de las publicaciones que ven la luz, haga pues un lunes de modo que cualquiera que siga el movimiento de la prensa se trague que hemos muerto; i para mas dolor i verguenza, que a la semana siguiente vea que hemos resucitado como por ensalmo. ¿Por qué pues nues-

tro colega hace con nosotros esta injusticia? ¿Por qué tiene, pregunto yo, ese proceder tan intermitente? ¿Por qué juega i se entretiene con el pobre *Mosaico*, ni mas ni ménos que los chiquillos cuando se tiznan un dedo i principian a mover los colaterales para hacer creer que la pinta pasa ya a la derecha ya a la izquierda? ¿No estaria mejor que nosotros jugásemos con él a este juego *dé la pinta pasada*.

Diciendo esto a un compañero mio, no de prensa, porque no tengo ninguno, sino de pesares i pobreza, me decia que eso provenia de que el «Ferrocarrib» sigue la creencia en que está de que hemos de desaparecer de un momento a otro, o mejor, que cuando ménos se piense, el soplido gubernativo ha de estinguirnos como don Simplicio en la Pata de Cabra a las velas aquellas que, a su pesar, renacian constantemente.

Si esto fuese así, lo disculpamos o perdonamos de todo corazon, pidiéndole solo que ya que todo lo sabe por sus relaciones *interiores*, tenga la bondad de anunciarnos con tiempo el dia i la hora en que ha de verificarse con nosotros este juego nigromántico.

Digo nigromántico, i no creais que me arrepiento por lo inadecuado del epíteto, pues nigromancia es hoi la política i nigrománticos los que la dirijen i nigromancia en grado superlativo todo lo que se hace, i opera, i maniobra en los conciliabulos de los gobiernistas i hasta en el seno mismo de los poderes públicos.

Si esto es solo una mera suposicion de nuestra parte en vez de ser, como lo creemos, una verdad como un templo ¿cómo se entiende aquello que el Ministro del Interior dijo en la sesion en que se trató de las facultades estraordinarias? ¿Cómo se entiende, preguntamos, aquello de que al pedir ese poder omnímudo estensivo hasta despues de la entrada al mando del nuevo Presidente, el gobierno lo hacia solo por no ser egoista, es decir, por no quitar al futuro gobernante esas preciosas ventajas que el que tenemos ha sabido disfrutar con tanto provecho? Sobre aquello otro de que el gobierno deseaba que subiese al poder un hombre nuevo, un hombre que no hubiese tomado parte en la política militante, un hombre, en fin, que no contase ni con odios ni con amores ¿me negaria, volvemos a preguntar, el menos avisado, que todo esto es un puro juego de palabras, por no decir de manos, que son las que hacen en el asunto el primer papel? ¿No es esto, como ya lo hemos repetido, un puro embrollo nigromántico o cabalístico? Sin embargo, hai jente que cree todavia que lo dicho pored señor Ministro es una revelacion, una confidencia de *intus et in cute*, una verdad de que pronto nos convenceremos por nuestra fortuna.

Otros mas maliciosos, aunque no del todo atrevidos para echarse a nadar en el océano de las conjeturas, se preguntan solo i a solas ¿si será cierto? Tanto se dice con esta significativa interrogacion, que casi estoi por atracarme al parecer de estos escépticos timoratos i de suplicar a todo el mundo, que se diga i repita a todas horas, para siquiera llenar el corazon de alguna esperanza, ¿si será cierto lo que dijo su señoría?

Sabrás ya, lector, si has leído el epígrafe de esta crónica, que queremos decir algo del *Comercio de Valparaiso*. Si no lo has leído, sábelo ahora;

pero antes de todo te advierto que no vayas a creer que quiero meterme con el comercio en grande ni en detalle, etc., sino con el *Comercio* de papel i mal escrito, es decir con el diario así llamado de aquel puerto.

Pues, señor, el tal *Comercio* de papel quiere probar en un mas que mediano artículo editorial (hablo del tamaño) que es una gran mentira que el gobierno ha solicitado facultades estraordinarias, i que de esta calumnia el *Mercurio* debe ser responsable por cuanto a su charla el comercio entero se ha alarmado horriblemente.

Ahora que se está tratando en las Cámaras de la lei de responsabilidad civil, seria bueno que estudiase alguno de los oradores de la mayoría, si el *Mercurio* debe pagar a los comerciantes las pérdidas que su noticia debe ocasionarles, i por supuesto el lucro cesante de las utilidades que amen de esto padeciesen.

Oh! si yo fuera el Editor o el redactor del dicho *Comercio* estaria ya haciendo mi escrito para cobrar al *Mercurio* las pérdidas de las suscripciones sufridas desde que aquel dijo la mentira de que el gobierno ha pedido facultades estraordinarias.

Pero nó, si por cada pérdida que hace va entablar reclamos ¿no tendria que querellarse con todos los papeles que le quitan cada dia los suscriptores? Al ménos si tuviese lectores, el mal no seria sino pecuniario, pero el pobre ha perdido hasta sus lectores gratis i se ha quedado en fin como los galgos del tio Alegria con quijadas i apetito, que es lo ménos que puede quedar a todo perdido. Pena es, cierto i mui dolorosa que el *Comercio* no pueda siquiera decir a los que lo costean :

Messieurs tout est perdu hormi l'honneur,

como podria decir cualquier, i con mucha razon, nosotros si se nos desertasen los pocos amigos que hemos conseguido a fuerza de brega.

Sentimos con todo la pena del *Comercio* i le aconsejamos, para que no se desespere, lea a menudo i medite la obra del padre Almeida, o el célebre estudio *sobre la conformidad i la paciencia*, escrito por el padre Frai Pedro Ravanales que acaba de llegar a la libreria del Mercurio.

¿Pero como he tardado, lectores i lectoras, en hablaros de la sesion penúltima de la Cámara de Diputados? Esto mismo me le preguntó yo, i no me lo respondo sino por aquello de que lo que gusta mas se debe guardar para lo último. Si así no fuese, razon habria para que me acusaseis de insustancial, de botarate, de mal patriota, i para que yo tambien me creyese uno de tantos, uno de esos, por ejemplo, que andan rodando dia i noche por los corredores i escaleras de palacio para informarse si el presidente ha pasado mala noche o podra salir a pié o en carretela a echar un vistazo por la cañada,

Dicho esto escúsame, lector, que no haya principiado por la relacion de lo ocurrido en esa memorable sesion de que te hablado; i despues de escusarme como pretendo, escucha!

Pues bien: en esa sesion que ya he dicho memorable, pero no en el sentido en que toma esta palabra el diario de la capital, los señores Marin, Concha i Lastarria han conseguido un triunfo que no era de esperarse; una gloria que debe ha-

ber llenado su corazón de una alegría i satisfacción inesplicables.

Ahora hemos sabido que se habia tratado de antemano en los círculos ministeriales de buscar *coteja*, entre sus oradores, como dicen los galleros, a los caballeros que hemos mencionado; i que quedó convenido oponer a cada diputado opositor otro ministerial, resultando de esto que a Marin se opondria Vergara, a Concha Silva, i a Lastarria el señor Ministro del Interior etc. Bien dispuestos pues los combatientes gobiernistas lánzase a la pelea; pero, como ya sabrás, nuestros gallos no bien los divisan cargan sobre ellos a espolazos i picotones i revuelos i no dejan a ninguno, respiro: los acosan, los trucidan, los acuchillan: cumplen en ellos, en fin, el martirio del *Murciélagu Alevoso*; i los pobres hallaron, en fin de fiesta i por un acaso feliz, en la noche que se aproxima un escape a la derrota.

Hasta el primero de entre ellos, hasta el de mas estaca i lei, ni cacarea siquiera, ni levanta el moño; i ¡el público llenando de vitores a los guerreros jenerosos, a los defensores impertérritos de sus libertades, sálese compadecido de la miseria i pequeñez de los vencidos combatientes.

El señor Marin con su estilo de fuego, con su improvisacion chispeante i atrevida pinta la torpeza de la política que, creyéndose segura para siempre en el dominio de los sucesos, quiere afianzarse por medio de los recursos que la razon i la opinion pública acusan i condenan como impotentes. En su voz, eco verdadero de la valentía i pureza de su alma, puede sentirse el latido del corazón de las multitudes: en sus acentos, cortados a veces por la misma impetuosidad i tropel de las ideas, se divisan las pulsaciones del corazón virtuoso, las emanaciones sublimes de esos corazones nutridos con Plutarco, no criados respirando la atmósfera corrompida de las camarillas, sino solo embebecidos desde el vestíbulo de la vida con todo lo mas bello i grandioso que encierra el alma humana, con la poesía del sentimiento.

A este calor, a este arranque del demócrata, a esta inspiracion centellante como las chispas de una máquina eléctrica, se opone la astucia, la argumentacion fria i campanuda del leguleyo, del hombre que desde temprano ha mirado al ser humano bajo el peso de los mamotretos legales, bajo el prisma odioso del estudio de una jurisprudencia, basada casi siempre en la ignorancia del corazón i en el olvido absoluto de sus aspiraciones.

Concha diserta a su vez: una argumentacion fuerte como el derecho, respetable i solemne como la justicia, rueda cadenciosa de sus labios: sus palabras son pausadas; pero son el martillo que debe deshacer la cuchilla de plomo de su contrario.

Lastarria, a quien no podemos nombrar sin emocion, cuyo nombre no podemos estampar sin que nos remuerda la conciencia de haberle acusado, talvez con lijereza, de falta de enerjia i de coraje; Lastarria, decimos, el profesor ilustre a quien se ligan los recuerdos mas hermosos de nuestra vida, a quien se apega la memoria dulce i cariñosa de las primeras emanaciones del alma; ese Lastarria, en fin, que ha sido el primero que nos ha enseñado a pensar en el derecho, a venerar la justicia, a descubrir los resortes de los gobiernos, a combatir la tirania, a esgrimir la tajante espada de la

razon contra el palo abrumador del sofisma, sí, ese hombre franco i amable, ese publicista cuya palabra no puede morir en el corazón de sus discípulos, ha estado en esta ocasion soberbio, magnífico, sublime.

Nutrido de la médula jenerosa de la filosofía del derecho, su voz metálica i sonora ha resonado como los acentos de la verdad en esa asamblea, cuyas paredes de lana no han sido en esta ocasion bastante espesas para asordarla. Con el mapa desenvuelto de la jurisprudencia Inglesa, Francesa, Americana, etc.: con todo ese rico acopio de razon que solo sabe buscar i hallar el filósofo en la contemplacion i el estudio: con esa elocuencia, en una palabra, que solo viene del alma ¿cómo era posible que el sofisma pudiera oponérsele con valentía, hallar una sola sílaba con que salirle al encuentro? No, los arranques impetuosos del corazón son como el arroyo: abaten, aniquilan, hacen ceniza todas las otras fuerzas que se atreven a contrarrestar su fuego inestinguible.

En este sentido, no hai que esperar argumentos rebuscados, hechos a la luz trémula i falleciente de una filosofía mentirosa: en este sentido no hai que temer por el vaso en que está encerrada nuestra justicia; podrán romperlo, pero su esencia volará al alma de todos, al corazón inmenso del pueblo.

¡Pero todo esto será envano! la mano fatal que pesa sobre nuestro destino tiene sujeto el fiel de la balanza; así es tontería esperar verla inclinarse al lado en que está la justicia. Paciencia! paciencial los dias mas hermosos son hijos de la noche, de la tormenta.

Parando aquí en mis apostrofes i consideraciones serias, paso lector a darte cuenta, para descanso de mi fantasía i de la tuya, de uno que no sé si se llamará *hecho* o acontecimiento o solo uno de esas cosas sin nombre de que nos ocupamos a falta de otras mejores.

Es el cuento que me han asegurado dos comerciantes mui respetables de esta plaza, que hacen dias que no venden ni té Pekoe, ni Souchom, ni Pouchong, ni perla, ni imperial ni etc., pues que todo el partido ministerial se ha comprometido a no tomar mas té que el de Smith, sin duda porque este tiene un olor parecido al de la presidencia.

Estos mismos me han referido que en noches pasadas, hallándose uno de los del círculo gobiernista en una casa, le ofreció la dueña de ella una tasa de té, i que con un aplomo hermosísimo respondió: ¿es de Smith?—No, señor.—Ah! si es así no tomo, mi Señora, pues en palacio no se bebe otro.

¡Dirán que las cortes no son las que dan la lei en el gusto i la elegancia! Tambien los jénios la dán; i en prueba de ello es que Franklin cuando estuvo en Paris dió la moda de los sombreros i del traje negro, apesar de chocar su cuaquera sencillez con la donosa compostura de la época. En este caso, hasta el *hulpo* vendria a ser de moda si lo tomase el gobierno. ¡Ojalá lo fuera, que así al ménos veriamos la comida de la democracia hecha una bebida gubernativa!

Se susurra que dentro de poco principiarán las comidas. Oh! está averiguado que lo primero que se debe convencer en el hombre es el estómago! Si es así, es decir, si se principia con la propaganda *estomacal*, estoy cierto que el gobierno se hará

querer i será dueño absoluto de las voluntades. ¡Pero qué lo ha de hacer! ¡Si come i dá que comer es solo a los suyos!

 no hablamos mas de miedo a la responsabilidad civil.

El jóven don José Domingo Cortés, segun él mismo nos ha informado, piensa dar en breve una recopilacion de todas las mas selectas composiciones de los poetas nacionales.

Este trabajo costoso e ingrato para él, es digno de elojio, asi seria justo que cada uno de los hombres de gusto se suscribiese a esta publicacion, que de seguro nos honrará mas que la indijesta recopilacion llamada América poética.

Hemos averiguado del mismo señor Cortés cuantos son los poetas ministeriales, i nos ha respondido que ninguno, pues que estos no escriben, i solo hablan, i que, por esto mismo, para conocer sus producciones no hai mas que hojear las actas de las sesiones del Congreso.

¡Ah la prosa poética vale tanto como el verso!

Agresti nos dará el mártir en beneficio suyo la pieza titulada Guzman el Bueno, de Gil de Zárate i ademas *el poeta aventurero*, obra de uno de nuestros compatriotas.

No contento con esto, quiere tambien obsequiarnos con *un lucido ramillete pirotécnico* elaborado por el mismo. Por el título se ve que la cosa es buena; sí, no podra serlo de otra manera; pues *eso de pirotécnico* es cosa que nos trae a la memoria muchos cuentos agradables i chistosos. Celebrarémos pues que el señor Agresti llene sus deseos, i que el público le muestre su agradecimiento, concurriendo a su funcion que, de cierto, será una de las mejores que hasta ahora se habrán dado.

No quiero despedirme de vosotros, lectores amadísimos, sin deciros una cosa, sin confiaros una pena, sin revelaros una afliccion sin contaros en fin. un susto! que me he llevado en estos últimos dias. Sí, que he estado mas asustado que una liebre, eso no lo dudará nadie, ni nadie puede estrañararlo pues los galgos del dia no son de naturaleza de perdonar ni a los pobres animalitos inofensivos que, como yo, se mantienen solo de yerbas. Pues bien! el susto ha sido terrible, horroroso i la causa una cosa mas horrorosa todavia. Suponeos pues que yo, como Duende que soi, no cuento ya con mas bien que mi arrugado pellejo: esto supuesto, es claro que cualquier atentado contra el pobrecito, es para mi la muerte.

Pues señor, ha habido persona que me ha dicho:

«Señor Duende a Ud. me lo pescan: Ud. va a hacer poesías a la cárcel: Ud. se va a soplar unos seis meses de reclusion, para que busque consonantes oportunos i valientes.»

—Pero, hombre ¿por qué?

—¿Por qué? Porque Ud. pica, porque Ud. es una pulga en la oreja, un tábano, un moscardon que fastidia: una mosca en fin en cada plato de sopa de los ministeriales.

—¿Será posible? Pero ¿como harian eso conmigo con un individuo como yo, que no quiere la revuelta, que no quiere mas que la lei: que no ama

sino a lo justo; que no aspira sino el bien para mi patria?

—¡toma! pues por eso me lo enjaularán a Ud. que estos hombres, amigo no entienden de esas filantropias—Si es así no hablaré mas de política—En efecto: asi sí; pero si Ud. urge con su uña el negocio, se enconan, amigo, i a Ud. me lo meten en calzas prietas.—Pero hombre, sabe Ud. lo que siento, se lo diré con franqueza; es, que sino charlo de política, se me van los pocos suscriptores que tengo, i los que me quedan no me leerán aunque escriba lindezas todos los dias.—Cierto, cierto tiene Ud. razon.—Entonces siga Ud. i venga lo que viniere.—Pues que venga un carcelazo: será la corona del martirio, que es lo único que me falta despues de haber trabajado con mi pluma durante todo el tiempo que existió el *Conservador*, i despues de haber hablado en clubs i hecho letrillas, sonetos, tercetos i odas inacabables contra todo lo que no quiero, contra lo que juzgo como malo. ¡Oh la cárcel es el purgatorio de los liberales!

—Cierto, amigo; pero purgatorio que no tiene salidas, pero purgatorio sin cielo!

—Cierto, cierto: en este sentido no quiero condenarme.—Pero hombre hai una cosa que Ud. debe tener presente; Cervantes escribió en la cárcel el Quijote, Silvio Pellico sus memorias etc. etc. así quien sabe si lograria usted escribir una obra que lo pasase a la posteridad.

Posteridad! Zapel! el presente, amigo, es lo que importa; todo lo demas es una chilindrina. Asi, desde hoi me retiro de la política militante i me despido de los Diputados con este cogollo.

Adios pues mis caballeros,
 Lechuguitas en vinagre,
 Que yo no quiero cantar
 Enjaulado en una cárcel.

Concluido que hube este diálogo fuíme a mi casa con este propósito; pero olvidado de él, te he escrito esta crónica, que no sé si será la última que pueda escribirte al aire libre. De todos modos, i aun cuando todo turbio corriese, estoi cierto lector que te acordarías de mí, que me visitarís, que me mostrarías que eres humanitario; pero ante todo pide que se suscriban tus amigos, por si acaso me dejan tiempo para seguir contigo esta correspondencia. Como puede ser que haya alguien que no sepa quien soi yo, te diré por última vez; que el *Duende* i el autor *Del destino de la poesia* i el redactor del *Mosaico* es una misma persona en esencia i presencia; i que por lo mismo si aquel te merece algun aprecio, lo estiendas a las otras entidades para los fines consiguientes.

Sin saber a punto fijo hasta cuando, se despide entre lloroso i contento tu servidor

EL DUENDE.

Advertencia.

Suplicamos a nuestros suscriptores tengan la bondad de avisarnos si no reciben con exactitud el periódico, pues publicándose los sábados en la tarde, deben recibirlo a mas tardar el domingo por la mañana.